

PREGUNTAS A LAS CABEZAS SIN REPOSO, por *Nicolás Fusco Sansone*.

Bello, sugerente, prometedor el título de este libro, cuyo autor es Nicolás Fusco Sansone, joven escritor uruguayo que al debutar algunos años atrás con «La trompeta de las voces alegres» fué muy bien acogido, no sólo por sus colegas paisanos sino también por escritores de otros países. En las «Opiniones» que finalizan «Preguntas a las cabezas sin reposo», pueden verse algunos comentarios y elogios—éstos últimos, cortesía los más, con que se acostumbra a retribuir el envío de un libro—firmados por Gómez de la Serna, Ricardo Güirades, Macedonio Fernández, tal vez el más enjundioso de los escritores argentinos de la hora presente; Georges Pillement, etcétera.

Antonio Gullo, que es uno de los comentadores, dice de la obra primeriza de Nicolás Fusco Sansone, lo siguiente:

Es un libro que trasunta alegría, optimismo. Optimismo con vistas a la ingenuidad, donde no se encontrará jamás un verso triste.

Exactamente, estas mismas palabras deben aplicarse a las «Preguntas a las cabezas sin reposo», (1) Desde entonces acá (1925) la actitud lírica de Fusco Sansone en este sentido, continúa por idéntico derrotero. Persiste, en forma clara su alegría; permanece su

(1) Editorial «Río de la Plata», Montevideo.

ingenuo optimismo. La caída de los años sobre su espíritu tiene siempre la misma dulce suavidad que no puede trizar el cristal de su júbilo. La tristeza, con su escrutadora capacidad de dominio, no invade el goce sereno de su vida; no perturba la diáfana armonía de sus horas. Y los cantos destrenzan su hebra, juguetones, inconscientes, superficiales, los más. Acaso tuvo razón Quevedo al decir que

ninguna cosa que no sea confeccionada con el padecer tiene estimación

los poemas de este libro no logran sacudir, arrastrar al lector; comunicar lo que su autor ha sentido o vivido. Existe algo de postura sistemática, de intención premeditada de echar el canto siempre por el mismo cauce. Parece que no fuera la posición natural de Fusco Sansone o si lo es, no sabe darnos la impresión respectiva.

Pero... en el arte no debe preocuparnos ni la tristeza ni la alegría, sino exclusivamente, el resultado. Si es cierto que en el arte, la esencia, sus elementos pueden ser indistintamente alegres o tristes, la consecuencia estética nunca dependerá de ellos; solo del poder expositivo, de la fuerza expresiva de la capacidad de dar presencia artística a cualquier material elegido, ya que todos son igualmente utilizables. Sin embargo, tal vez no sea innecesario recordar que

la tristeza ha solido ser siempre, acaso no por casualidad, la levadura del grande arte.

Hubo un tiempo, bien cercano para que todavía no lo olvidemos, en que se acentuó con caracteres muy definidos, una reacción colectiva contra la tristeza en el arte, paralela al movimiento de renovación estético. Un joven escritor peninsular ha dicho al respecto, en un ensayo titulado: «Media vuelta hacia la tristeza», lo siguiente:

La eclosión jubilosa artística de estos últimos tiempos—reacción inevitable ante el lloriqueo constante, sistemático, de nuestros mayores—han despistado a muchos (los morlacos) sobre la esencia de la obra artística (pura o impura). Sobre la esencia, no sobre los accidentes.

Y más adelante:

En las reacciones colectivas y el arte a veces, por desgracia para los artistas ofrece el espectáculo gregario, humillante, de una reacción colectiva) se toman posturas en las cuales se quedan algunos individuos, los de escasa luz propia, inmóviles, queratinizados. La última postura fué sistemáticamente jubilosa

y en la que se encuentra todavía Nicolás Fusco Sansone.

No obstante es justo advertir que no todas las palabras anteriores sirven para ubicar al autor de «Preguntas a las cabezas sin reposo» ya que en Fusco precisamente no escasea la luz propia, existiendo en él una sensibilidad joven muy digna de considerarse y que a veces se cristaliza en versos verdaderamente admirables

por su pureza, por su íntima claridad, por la dignidad de alta poesía que transparentan, como aquel que termina el poema «Nocturno del corazón desnudo»:

y la frente veloz en las rápidas siembras.

Lo que aplana, lo que empequece el canto de Nicolás Fusco Sansone, es la postura. Si lograra desprenderse de ella, si dejara a su temperamento vaciarse libremente, sin entrabararlo ni limitarlo, podría esperarse de él realizaciones más o menos completas, pues sus cualidades líricas son innegables. Ya en su primer libro nos las mostraba. Hay en él entre otros, un poema «Canto a mi madre campesina», muy lozano, muy fresco, que corrobora nuestra afirmación. Vamos a transcribirlo:

Trepabas a los árboles  
por la escalera  
de una ansia frutal  
que corría  
limpia de todo mal,  
por el círculo claro  
del día.

¡Armonía de tu vida campesina  
enlazada al corazón de los montes!

Arroyos, pájaros y fuentes  
detenían tu marcha,  
acunando a los cinco sentidos  
de tu cuerpo libre.

Le hablabas a los nidos  
dándoles la confianza  
de los brazos movidos,  
como si fueran  
banderas marinas.

Fresca amiga de la tierra.  
Los arroyos jugaban contigo

igual que con las plantas  
de sus orillas.

Eres una planta más,  
coronada de maravillas  
del agua, que pasa llevando  
el canto que nadie canta.

Tenías quince años,  
maduros  
al sol de los campos,  
y tus juegos aleteaban  
entre los corderillos.

Fiestas azules  
de tus instintos limpios.

Un día sentiste el anhelo  
el anhelo de un hijo,  
y me lanzaste al mundo  
riendo,  
bajo la luz de los árboles,  
temblorosos de frutos.

Al aire libre escuchaste  
el fino latido naciente  
de la risueña simiente  
que iba abriendo caricias  
en tu carne morena.

Desgraciadamente, Nicolás Fusco Sansone, en «Las Preguntas a las cabezas sin reposo», no consiguió sostener ese tono juvenil y espontáneo. Aparece demasiado fragmentario, sin cohesión en el resultado expresivo. Además, su poesía, la mayor parte, es a base de metáforas, muy logradas es cierto, algunas; pero como ha dicho Jean Epstein:

la metáfora fué siempre solo la mitad de la poesía.

La otra mitad es la que falta a ésta de Nicolás Fusco Sansone, sólo por haberse estatuizado en una actitud preconcebida.—A. Troncoso.

## BIOGRAFIA

JERÓNIMO SAVONAROLA, por *Alfredo Galletti*.

Nunca deja de ser actual la figura de Savonarola, no tanto por la actitud que adoptó frente a la República Florentina a la cual pretendió salvar de la corrupción de sus gobernantes, culminando su pasión puritana con el sacrificio de su vida, como por la supervivencia de su moral heroica e implacable que abarca todas las edades y latitudes en un ejemplo perenne de altivez y virilidad. Por ello, resulta oportuna la evocación que de la vida de Savonarola nos hace Alfredo Galletti (1) en los breves cuantos rotundos trazos que constituyen los rasgos biográficos del fraile dominico, tanto más cuanto que aun no nos sacudimos del servilismo espiritual en que nos sumiera la tiranía.

Había en Savonarola tal ardimiento en la pasión de librar a su patria de los malos gobernantes, que a pesar de que en un principio su palabra ruda y encendida fué rechazada por los florentinos refinados por la cultura renacentista, continuó inalterable su prédica hasta que logró interesar a sus oyentes, convirtiéndolos al poco tiempo en sus prosélitos. Su vida, como su moral, poseen, al decir de Galletti, la unidad armoniosa y la fuerza dinámica de una estatua miguel-angelesca.

Savonarola, como el Dante, creyóse llamado por la voluntad divina

(1) Editorial América. Madrid.